

# **Avatares de la lectura profesional, 1980-2008**

**Javier Candeira**

## **Acerca de la composición química de los lectores profesionales**

¿Qué es un lector profesional? A todos los letraheridos se nos ha ocurrido alguna vez, en un momento de fantasía, lo bueno que sería que nos pagaran sólo por leer. Al fin y al cabo, es lo que mejor sabemos hacer... Pero no, el lector profesional no es alguien que cobra por leer, o quizá lo sea en una acepción menor. Al fin y al cabo, los lectores de las editoriales, los críticos literarios o los lectores de guiones de las grandes productoras pueden decir que tengan como ocupación principal la lectura. Algunos incluso tienen como título profesional el de «lector». Pero no es éste el sentido que se le da más comúnmente, al menos en los estudios sobre la lectura.

La lectura profesional, también llamada «lectura con fines profesionales» es aquella que se realiza de forma instrumental y subsidiaria para el ejercicio de una profesión. Esta es la definición que de ella hacen Uljin y Salager-Meyer [1998]:

La lectura con fines profesionales [Reading for Professional Purposes, RPP en el original] es un término que se refiere a cualquier actividad de lectura conectada con el trabajo o con el estudio (académico o profesional), sea en la propia lengua o en una lengua extranjera.

La abogada que se entera de los cambios en el procedimiento judicial, el arquitecto que se informa sobre el plan urbanístico, la cocinera que investiga sobre nutrición o el inversor que estudia un informe sobre un mercado extranjero están ejerciendo de lectores profesionales. No leen por placer ni por virtud, aunque su lectura puede hacerles participar de ambos sentimientos. Leen porque lo requiere su trabajo.

Pero nótese que en la definición se menciona no sólo el trabajo, sino también el estudio. Esto nos convierte a todos, en algún momento de nuestras vidas, en lectores profesionales. ¿Qué son acaso los escolares? Los que pertenezcamos a cierta generación de clases medias en España recordaremos la sentencia familiar: «tu única obligación es estudiar». Y dado que, por suerte o por desgracia (o por una combinación lineal de ambas), la lectura de libros de texto y otros materiales escritos es el principal vector de la educación, los escolares se convierten en lectores profesionales, puesto que la lectura es el principal método para desempeñar su labor, su única obligación: «estudiar».

De hecho, el primer paso del escolar no es la lectura, sino el aprendizaje de la lectura. En los países de nuestro entorno (o tecnológicamente avanzados, o como se diga esto) la alfabetización es hoy un componente indispensable de la ciudadanía, mucho antes del desempeño de una u otra profesión. Hasta tal punto que la lectura ha alcanzado un estatus totémico: el tópico chistoso del intelectual *progre* que se pasea por la calle con el *Ulises* de Joyce debajo del brazo para figurar existe porque, de verdad, consideramos más cultos a quienes leen novelas y libros «difíciles» que a quienes leen folletines, y más virtuosos a quienes leen folletines que a quienes no leen.

En este sentido, para los escolares que mañana será ciudadanos y profesionales, hasta las peripecias de Harry Potter son lectura profesional: les enseña vocabulario, ortografía y estructura narrativa (aunque quizá no tanto en sus últimos dos volúmenes), les habitúa a ejercitar la atención y la memoria... en

suma, les prepara, al menos parcialmente, para el estudio autodirigido de una carrera universitaria, y para la formación continuada y gestión de la información requeridas en una carrera profesional.

Una vez pasado el umbral de la comprensión lectora, los escolares y los estudiantes de Secundaria comienzan a utilizar el texto escrito como principal vector de absorción de conocimiento. Los teóricos de la lectura también se han fijado en esta similitud entre los estudiantes y los lectores profesionales, hasta el punto de realizar estudios que comprenden a ambos grupos. Esto es lo que tienen que decir al respecto Spooren, Mulder y Hoeken, también en el *Journal of Research in Reading* [1998]:

Se puede considerar a los estudiantes como lectores profesionales: tienen que prestar atención, comprender y recordar la información más importante de los textos educativos, a menudo sobre temas en los que no tienen un interés inmediato.

En este sentido todos, desde el mileurista hasta el Rey, somos lectores profesionales.

## **Enseñanza de la lectura, lectura como autoenseñanza**

Las revistas académicas sobre la lectura se centran fundamentalmente en dos campos: la psicología de la lectura y el aprendizaje/enseñanza de la lectura, sea en la escolarización primaria o en la alfabetización de adultos. Por esta razón no es de extrañar que casi todas las referencias encontradas sobre la lectura profesional se refieran o bien a la enseñanza de segundas lenguas para el uso en entornos laborales y profesionales, o bien a los factores psico-cognoscitivos que influyen en el éxito de la lectura profesional. En el primer caso, los artículos tienen títulos como *Estrategias de lectura profesional en lengua nativa y segundas lenguas* [Taillefer y Pugh 1998]; en el segundo caso, *El papel del interés y la estructura textual en la lectura profesional* [Spooren, Mulder y Hoeken 1998].

La lectura y la escritura profesional están íntimamente ligadas al auge de la alfabetización a partir de la Revolución Industrial. Algunos han querido ver en la alfabetización universal los efectos de la benevolente visión de la humanidad nacida de la Ilustración en el siglo XVIII y de los socialismos reformistas en el XIX y el XX. Otros, menos influidos por Rousseau y más por Hobbes, afirman que fueron los procesos económicos los que fueron requiriendo que los trabajadores supieran leer, primero, para poder recibir instrucciones escritas. Más adelante se requeriría de ellos que también supieran escribir, para poder producir informes por escrito. El paso de la economía agraria e industrial a la economía de servicios urbana hizo necesaria la alfabetización de todos los trabajadores y ciudadanos/contribuyentes, puesto que la coordinación de los agentes económicos en una democracia liberal requiere un cierto grado de autonomía, que sólo es posible si todos tienen una mínima competencia en la comunicación escrita.

En cuanto a los profesionales llamados «liberales», todos en mayor o menor medida se han ido convirtiendo en «profesionales del conocimiento» [Cantón 2004], en engranajes del llamado (medio en serio y medio en broma) *cognitariado* que mueve la Sociedad del Conocimiento. Muchos de ellos engarzarán a lo largo de su vida una serie de profesiones distintas, y tendrán que formarse, la mayor parte de las veces de forma autodidacta, para transformar sus carreras. Otros profesionales más clásicos (abogados, médicos, ingenieros) seguirán en la misma profesión, pero cambiarán de perfil (quizá pasando de puestos de base a puestos de gestión) o verán que su campo de trabajo cambia tan drásticamente que se tendrán que reciclar.

En la lectura profesional de estas personas el *leer para aprender* (formación continua) se mezcla con el *leer para informarse* (actualización) y el *leer para hacer*, en un bucle continuo que en la mayoría de los casos abarca la totalidad de la carrera profesional y que, en algunos, no distingue entre las lecturas de la educación formal y las realizadas durante la actividad profesional. La principal función de esa lectura profesional es convertir en operativo el conocimiento descriptivo (de acciones o de hechos del medio) codificado en los escritos. Es el paso de lo que Ignacio Gómez [2002] llama conocimiento

explícito (y nunca mejor explicitado que en los escritos profesionales) al conocimiento implícito.

Este paso se puede entender a la luz de la educación *constructivista*, basada en las teorías del aprendizaje de Piaget y otros [Rosas y Sebastián 2001]. En la educación constructivista, el aprendizaje es una práctica social, realizada a través de la interacción con las tareas y los instructores en un contexto apropiado. El sujeto del aprendizaje es un sujeto activo, y las escuelas constructivistas recuerdan más a centros de educación superior o lugares de trabajo (se producen colaboraciones, se plantean tareas y objetivos a cumplir por los alumnos de forma semiautónoma) que a iglesias y templos donde un sacerdote del saber dice desde su púlpito y los alumnos/fieles escuchan pasivamente.

Este modelo de enseñanza, implantado en las universidades medievales debido a la escasez de libros (la única forma de compartir un libro era mediante su lectura en público) se ha transformado en un sistema mixto en el que los alumnos acuden a oír la lección, pero después disponen del texto para sí. Sin embargo, se sigue considerando la lectura personal como el modelo primario de formación/información escrita y, por tanto, de lectura profesional. En cierto sentido, el paso de la enseñanza mediante clases magistrales (que en inglés se llaman todavía *lectures*) al estudio privado mediante libros es un claro paralelo de la revolución protestante, con su énfasis en la lectura privada de las Escrituras.

Frente a estos dos modelos Brown y Hayes proponen los *reading circles* o círculos de lectura [2000], orientados a la lectura y comentario de textos profesionales en grupos de interés común. Este formato es también similar al modelo de enseñanza basado en estudios de casos, propuesto originalmente por la Harvard Business School y adoptado por las escuelas de negocio de todo el mundo. Los alumnos acuden a clase después de haber leído un caso de negocio, y la clase consiste en la discusión de las posibles opciones de actuación dada la información disponible, información que todos comparten. Tras el «uno a muchos» de las clases magistrales y el «cada uno por su cuenta» de la lectura privada, los círculos de lectura proponen un «varios a varios», un aprendizaje realmente comunitario, que también se refleja en la lectura profesional.

Informalmente, este modelo se ha extendido gracias a la Web y a los weblogs (o blogs). Por cada profesión que uno pueda escoger, existen cientos o miles de grupos que se reúnen para discutir la información común (disponible dado que todos pueden acceder a los mismos enlaces hipertextuales), y de este modo realizar sus lecturas profesionales no en un vacío, sino arropados por una comunidad de lo que Ben Cerveny llama «la tribu afín» (*the like-minded tribe*) [comunicación personal del autor]. En esta comunidad la discusión y el diálogo se funden y confunden con la lectura en común, de modo que la frontera entre ambos se difumina. Sin embargo, el factor de lectura profesional sigue presente incluso en las discusiones más aparentemente informales.

La comunidad de programadores es quizá la más representativa: por razones obvias, los profesionales de la informática son los primeros en poner en marcha sitios Web especializados, y están entre los usuarios tempranos de las aplicaciones de la tecnología a un uso determinado. Los programadores interesados en el diseño de lenguajes de programación tienen en *Lambda-the-ultimate.org* un foro de discusión dedicado casi exclusivamente al comentario de artículos en revistas con comité lector. El circuito académico de lectura profesional se abre así a cualquiera que tenga interés en el tema y una conexión a Internet.

Esta versión distribuida y en línea de los círculos de lectura refleja en la red las prácticas sociales de muchas comunidades investigadoras, como la del Centro de Biología Molecular [Pilar Cubas, comunicación personal] en la Universidad de Madrid. El llamado «club de artículos» es un encuentro semi-formal, organizado por los propios investigadores sin intervención de la jerarquía del centro, en el que cada dos semanas uno de los participantes presenta y critica un trabajo de reciente publicación. La diferencia con el sistema de círculos de lectura es que en los clubs de artículos no se requiere que los asistentes hayan leído el trabajo que se presenta; en este sentido puede considerarse como un sistema de apoyo (o incluso de sustitución) de la lectura profesional.

Encontrar estudios sobre la forma en que la lectura profesional conforma las prácticas cotidianas de los trabajadores/lectores en su quehacer diario es

algo más complicado. Tengo en mi parca biblioteca personal dos volúmenes sobre la lectura que he consultado para escribir este artículo. Una pequeña parte de mis propias lecturas profesionales, si así lo desean. El primer libro es la trabajosa y detallada *Historia y poderes de lo escrito*, de Henri-Jean Martin [1999]. El otro es la liviana e inspirada *Una historia de la lectura* de Alberto Manguel [2002]. Ninguno menciona la lectura profesional como la entendemos en el presente, y el último gran cambio que señalan en los paradigmas de lectura es el que se produjo en el Renacimiento, con el paso de la lectura comunal y en voz alta a la lectura privada y en silencio.

La lectura profesional sigue siendo predominantemente el territorio de biógrafos e historiadores, que catalogan las bibliotecas que ocupaban el gabinete de Darwin, el laboratorio de Newton, los despachos de Eisenhower o Cánovas. Gracias a los esfuerzos de conservación de sus sucesores podemos saber, por ejemplo, que Darwin no tenía una copia del artículo de Mendel sobre la heredabilidad de los caracteres, y que más de la cuarta parte de las lecturas de Newton eran sobre temas teológicos. Sin embargo, no es tan fácil detallar las lecturas profesionales del ciudadano corriente, aún en nuestros días. Los historiadores de la vida cotidiana tienen aquí un espacio por llenar.

## **Biografías de lectores profesionales en España**

Durante los primeros años 90 era imposible caminar por el centro de una capital española sin sufrir el acoso de jovencuelos que, provistos de octavillas, asaltaban a los viandantes al grito de «¿Te interesan el inglés y la informática?». Las aceras alfombradas de papel satinado eran testigos multicolor de que tal interés, de existir, no estaba en proporción con el esfuerzo publicitario, y la tasa de adopción era más bien baja. Sin embargo, los datos sobre hábitos de lectura profesional recabados para este miniestudio cualitativo demuestran que el germen del interés latía en los cerebros de la clase profesional española.

Para confeccionar este capítulo de *La lectura en España*, este autor hizo llegar a una decena de personas de distintos perfiles laborales un cuestionario sobre su lectura profesional, tanto en el presente como en el comienzo de su carrera. Sus edades van de los 30 a los 55 años, y llevan entre 5 y 25 años en sus profesiones actuales. Entre ellos hay una diseñadora de modas, un ingeniero industrial, una investigadora en biología molecular, un empresario del sector de las telecomunicaciones, un analista cuantitativo de un gran banco, una administradora de un hospital y concejala de un municipio de 30.000 habitantes, un abogado con bufete propio, una psicóloga de un servicio de atención a la infancia, un teniente coronel y un comandante (ambos en activo), un realizador de vídeo, un consultor en nuevas tecnologías, un inversor institucional en un banco, una directora de un centro de arte y un comisario artístico independiente.

Se intentaron evitar específicamente cierto tipo de profesiones: investigadores académicos, profesionales del periodismo o de la edición, cuyo tiempo de lectura profesional puede ser, en determinados períodos, prácticamente el total de su jornada laboral, lo que distorsionaría el resultado.

Los cuestionarios incluían dos tandas de preguntas casi idénticas, pidiendo que las contestaran según su práctica de lectura profesional en el momento actual como en el momento de comenzar su carrera profesional. Las preguntas iban dirigidas a averiguar:

- El tiempo semanal dedicado a la lectura profesional.
- El origen de las referencias de lectura (recomendaciones, informes, búsquedas personales).
- El porcentaje de lectura sobre papel y sobre formatos electrónicos.
- El tipo de lecturas en cuanto al formato (monografías, artículos sueltos, publicaciones periódicas, actas y catálogos).
- El tipo de lecturas en cuanto al contenido (institucional, científico-académico, técnico, comercial).
- El idioma en que se realiza la lectura (español, lenguas autonómicas, extranjeras).

- El uso de la Web frente a recursos «tradicionales» como bibliotecas, librerías, suscripciones.

Sobre estas preguntas, un par de notas. Evidentemente, todos los porcentajes, tiempos semanales etcétera son autoestimados, y pueden sufrir sesgos. Para los propósitos de este informe, se pidió a los entrevistados que reportaran su lectura «sobre papel» o «sobre formato electrónico» según el método de distribución del material. Si imprimían material recibido por correo o de la Web, deberían consignarlo como «formato electrónico». En cuanto al origen de las referencias para realizar las lecturas, se realizó un esfuerzo por averiguar si estas referencias venían dadas por iniciativas personales (búsquedas, envíos de amigos y personas de la red profesional) o por iniciativas institucionales (recomendaciones de los colegios profesionales, centros o empresas).

Además de plantearles las preguntas dos veces, para su respuesta en el presente y en el comienzo de sus carreras, a los entrevistados también se les preguntó si encontraban que la Web había mejorado su lectura profesional, y de qué manera. Para evitar el sesgo en las respuestas, una de las opciones era «en mi campo la Web no ha cambiado la lectura profesional». En cuanto al resto de las preguntas, todas tenían un número de respuestas de opción múltiple, pero se invitaba a los entrevistados a añadir sus comentarios o apostillas.

De las respuestas se pueden obtener dos conclusiones a primera vista. La primera, que a nadie debería sorprender, es que la Web y los formatos electrónicos han influido enormemente en los hábitos de lectura de los profesionales españoles. Todos los entrevistados realizan gran parte de sus lecturas profesionales en soportes electrónicos, sin distinción entre los que ya disponían de ellos al comienzo de su carrera y los que comenzaron en su profesión antes de la existencia de medios electrónicos.

Quizá no se deban arriesgar conclusiones definitivas sobre lo que este dato puede suponer acerca de la llamada «brecha digital» en el medio profesional, pero las respuestas de los encuestados hablan por sí mismas: entre los que comentaron que al comienzo de su carrera sólo usaban referencias sobre papel, el uso de lecturas en medio electrónico va del 30% al 100%; la misma

horquilla que entre los que comenzaron su carrera cuando ya existían lecturas electrónicas. Por ejemplo, el teniente coronel comenta: «Al comienzo de mi carrera no tenía acceso a Internet ni ordenador, mi primer ordenador XZ81 me lo compré en el año 1984 y el concepto de documento electrónico no lo tuve hasta el año 1986 con la compra de un ordenador Commodore 64 a través de su procesador de textos». El 90% de las lecturas que realiza las recibe por medios electrónicos.

Una nota que merece reseñarse es que a los entrevistados se les dejó claro que lo importante era el origen de sus lecturas, y no el soporte. Algunos de ellos confirmaron que imprimen sus lecturas electrónicas para leerlas más cómodamente en los desplazamientos en el transporte público, pero aún así sus respuestas se contaron como «lecturas profesionales en medio electrónico», al considerarse que lo importante era el medio de transmisión/distribución, no el soporte de lectura.

La segunda conclusión es que todos los profesionales contactados realizan parte de su lectura profesional en inglés u otras lenguas extranjeras, y todos han aumentado el volumen de uso de lenguas extranjeras desde que comenzaron su carrera. La única excepción es la administradora hospitalaria y concejala, cuyas lecturas son fundamentalmente administrativas y legales, y comprensiblemente no existen en otros idiomas.

De los demás, la psicóloga de atención a menores y el abogado son los que menos usan lenguas extranjeras, algo que tampoco es de extrañar dado que su trabajo es altamente burocrático, y las referencias han de ser en gran parte locales. El abogado comentó que sus lecturas eran fundamentalmente referidas a artículos doctrinales, jurisprudencia y noticias sobre hechos relativos al objeto de su profesión. Aún así tanto él como la psicóloga afirman que el 20% del material que leen está en inglés.

Las otras dos lenguas extranjeras que aparecen en las respuestas son el francés y el italiano. De los catorce profesionales encuestados, ocho realizan el 70% o más de sus lecturas de fuentes en lenguas distintas del español o su lengua autonómica (la psicóloga trabaja en Galicia y la directora de un centro de arte en Cataluña, y ambas realizan un 10 y un 20% de sus lecturas profesionales en gallego y catalán, respectivamente). El estudio no pretende ser científico, pero

si tiene algún sesgo es que el cuestionario se envió a personas con un perfil profesional relevante. Por esta razón esta pequeña encuesta sirve para resaltar la importancia de las lenguas extranjeras en la Educación Primaria y Secundaria con vistas a la posterior evolución personal y profesional de los estudiantes.

De los profesionales encuestados, la cuarta parte trabaja por cuenta propia como autónomos o consultores independientes. De estos, sólo el abogado dice recibir recomendaciones de lectura de su asociación o colegio profesional. De los demás, sólo la mitad reciben recomendaciones a través de la estructura jerárquica de su puesto de trabajo (en algunos casos, de sus subordinados encargados de hacer investigación). Tanto autónomos como asalariados realizan fundamentalmente sus propias búsquedas, ya sean activas o pasivas, a través del filtrado de suscripciones y lecturas periódicas, y los ingenieros colegiados no recuerdan la última lectura que realizaron a partir de una recomendación del colegio.

Otro punto donde no existe la diferencia que uno podría esperar es en la compra de libros u otro material profesional para la biblioteca personal. Los autónomos realizan un volumen de compras hasta tres veces mayor, pero los asalariados también invierten de sus propios recursos en la actualización profesional. En este último caso, los que menos fueron los militares, quizá por la falta de material adecuado en su campo. El comandante nos comentaba: «Realizo muy poca lectura de publicaciones exteriores, apenas el 5%». El que más, el abogado con despacho propio, que calculaba su lectura a partir de la biblioteca «personal» en un tercio de las lecturas totales, aunque también recordaba que «la biblioteca de mi despacho es mi biblioteca personal, por lo que el 30% de la biblioteca de mi despacho es un porcentaje que se refiere a ambos conceptos».

## **Evolución de la lectura y madurez de los profesionales, o viceversa**

Uno de los objetivos de este cuestionario era averiguar en qué habían cambiado las formas de lectura de los profesionales españoles según avanzaba su madurez laboral. El inversor institucional de un banco nos dice: «El cambio principal es

una reducción en el número de horas y un cambio muy importante de lecturas formativas, al principio de la vida profesional, a lecturas informativas, en el momento actual». Algo similar nos comenta el abogado: «al principio de mi carrera leía menos tiempo puesto que me dedicaba a labores menos creativas y más burocráticas, por lo que el tiempo se destinaba a generar información y no recibirla. Razones del cambio: las propias de las jerarquías de un despacho de abogados. A medida que fui avanzando en la profesión me dedicaba a llevar casos más complejos, lo que requería de más estudio».

Son pocos los que declaran una clara continuidad en sus lecturas. Uno de ellos es el comandante del ejército, y otro el analista cuantitativo, quien, al principio de su carrera, «leía mucho más, y *en menos tiempo*, pero leía más o menos el mismo tipo de cosas». Otros, como el consultor en *marketing* o el comisario artístico independiente señalan que sus lecturas eran distintas al comienzo porque sus profesiones no coincidían con sus estudios formales, así que tenían que formarse prácticamente al mismo tiempo que trabajaban.

Los libros y monografías forman un porcentaje pequeño de las lecturas de nuestros profesionales. El analista cuantitativo lee fundamentalmente libros técnicos, y la directora de un centro de arte dedica más de la mitad de su tiempo de lectura a libros y catálogos de exposiciones. El abogado hace un tercio de sus lecturas en libros. Sin embargo, los demás profesionales leen libros menos de un 20% de su tiempo de lectura profesional. Prácticamente todos ellos leen ahora menos libros que cuando comenzaban a trabajar.

Podría pensarse que los medios electrónicos son los responsables de que la lectura profesional de libros haya decaído. Sería una conclusión apresurada. El mayor lector de libros, el director técnico informático, afirma: «últimamente los libros también los leo en electrónico; dos colegas se han comprado el Sony *e-book* y voy a hacer lo mismo —si puedo encontrarlo, que es difícil». El sesgo general en los profesionales encuestados es de evolución hacia una lectura más fragmentaria, ya que todos afirman pasar más tiempo en la lectura de separatas y artículos individuales. Esta tendencia encaja con la caracterización del inversor institucional que hablaba del paso «de lecturas formativas a lecturas informativas».

El consultor en nuevos medios resume estas tendencias en un comentario: «Al principio de mi carrera hacía muchísimo más uso de las bibliotecas públicas/especializadas que ahora (que prácticamente no uso). Asimismo tenía un seguimiento constante de varias publicaciones periódicas, que ahora uso menos, y siempre en versión Web. También leía muchos más libros, y ahora mi lectura es más atomizada». El analista cuantitativo (cuyo título no refleja que es ingeniero de formación y programador/diseñador de sistemas informáticos de ocupación) y el comandante del ejército dicen que en sus lecturas existe una gran continuidad, no sólo desde el comienzo de la carrera profesional hasta el presente sino, en materias técnicas, desde los estudios hasta el trabajo.

Entre las lecturas profesionales entra mucho material de la llamada «literatura gris». Nuestro empresario apuntaba que pasaba tiempo leyendo «las ofertas comerciales de la competencia», y el comisario artístico independiente sigue «una treintena de weblogs». El consultor en nuevos medios también lee weblogs y sus resúmenes automatizados por RSS. La administradora hospitalaria y la psicóloga del servicio de menores leen muchas normas administrativas y documentación aneja. Otros catalogan como lectura profesional diarios de prensa más o menos especializada. El empresario sigue las novedades de su sector en el *Wall Street Journal* y el *Financial Times*, y el consultor en *marketing* considera que sus suscripciones a las revistas *Wired* y *Vanity Fair* forman parte de su necesidad de estar al día para su trabajo.

Internet y la Web han cambiado fundamentalmente la forma de entender las lecturas profesionales. La directora del centro de arte contestó al cuestionario escribiendo en el campo de comentarios de todas las preguntas: «¡Internet!». El comisario artístico independiente contestaba que, en su caso, «la Web ha ido aumentando exponencialmente la disponibilidad de material cada año, de manera inmensa. Pero es importante destacar que toda mi carrera profesional se ha desarrollado cuando la Web ya era una importante fuente de información, y ha estado tan estrechamente ligada a ella que no creo que sea representativa de la mayoría de los casos».

Sin embargo, quizá sea más representativa de lo que piensa. El empresario lee el *Wall Street Journal* y el *Financial Times*, pero lo hace en la red, pagando

suscripción por el primero. La investigadora en biología molecular también resalta la importancia de los recursos en línea:

Ahora no tengo que bajar a la biblioteca para consultar las revistas y puedo consultarlas desde el despacho o incluso desde casa. Todo ello ha cambiado radicalmente el tema de las consultas bibliográficas que son muchísimo más fáciles. Además ahora han surgido muchas revistas abiertas, accesibles solo en línea y de gran calidad. Por otro lado las convocatorias de proyectos, becas, contratos, concursos públicos, etcétera, están accesibles para todos, por lo que no dependemos de una secretaria que se lea los *BOEs* o de un colega más enterado que el resto que nos cuente las novedades. Por todo ello la información fluye de forma mucho más «democrática».

Todos citan la Web como proveedora de mayor cantidad, calidad y facilidad de acceso a los materiales que la edición tradicional. Para algunos esta facilidad viene en grado de demasía. El inversor institucional afirmaba que la mayor cantidad de información es «descomunal, estoy anegado, la diferencia entre mis primeros años y ahora en acceso a información, en bruto y elaborada, es como pasar de vivir en el Sahara a hacerlo en Irlanda, o de un monasterio de monjes célibes a un prostíbulo de ninfómanas».

De hecho la gestión y canalización de esa información es la habilidad número uno de los trabajadores cognitivos, pero no la única. También está la gestión de la frustración que produce el saber que existen ciertos recursos a los que uno no tiene acceso. El consultor en nuevos medios comenta: «Desde que hay más recursos en la Web, incluidos los informales (blogs, etcétera) tengo gran facilidad de acceder a la *existencia* de ciertas bibliografías necesarias, aunque muchas veces me encuentro con que están en bancos de publicaciones de pago a los que no tengo acceso (no tengo ninguna adscripción institucional). Pero sobre todo veo que me consume mucho tiempo evaluar si me sirve o no determinada obra de la que me entero vía RSS, *email* de compañeros, servicios de noticias, etcétera: ¡el *screening* consume un tiempo infernal!». El filtrado es clave.

No todos reciben de la Web el mismo tipo de ventajas: para algunos la calidad no ha variado, pero sí la cantidad de la información y su facilidad

de acceso. Por ejemplo, para el analista cuantitativo «es más fácil obtener la información de la Web hoy en día, la información es más fresca. Incluso para material de referencia».

El abogado también percibe que la red le ha aportado «fundamentalmente la inmediatez. El *BOE* llegaba con unos días de retraso, ahora su consulta en línea permite saber cuándo sale una norma. Asimismo, en cuanto a la jurisprudencia había que esperar a que te llegara el fascículo de Aranzadi. Ahora se publican en la Web del CGPJ (Consejo General del Poder Judicial) las últimas novedades que son muy cercanas en el tiempo». Para otros, como la directora del centro de arte o el comisario artístico independiente la principal diferencia es la cantidad de información a la que antes no había modo de acceder.

Casi todos usan en mayor o menor medida buscadores o enciclopedias en línea de carácter generalista, pero muchos utilizan además recursos específicos. Curiosamente, cuanto más reglada es una profesión, más específicos y puntuales son los medios de información a los que recurrir:

- El inversor institucional afirma que casi siempre acude «directamente a las páginas Web de organismos e instituciones que ya conozco, OECD, Banco Central Europeo, Reserva Federal, etcétera».
- La administradora del centro de salud centra sus búsquedas en «bases de datos de legislación: Westlaw, Aranzadi, etcétera».
- El abogado realiza, como se ha indicado antes, «búsqueda proactiva en bases de datos, Webs y libros de autores jurídicos».
- La investigadora en biología molecular lee artículos académicos directamente en los servicios en línea de las revistas de su campo (PLOS, Elsevier), y las convocatorias de becas y proyectos en los sitios Web oficiales (*BOE*, Ministerio de Educación).
- Según los profesionales que se dedican a profesiones menos regladas, los medios a los que acuden son menos formales, e incluso medios de comunicación de consumo: la diseñadora de modas acude a *Style.com*, el consultor en *marketing* lee la revista *Wired*, el comisario artístico lee *We-make-money-not-art.com*, etcétera.

## Referencias

- BROWN, Maryann y HAYES, Helen, *Paper originally presented at the Seventh International Literacy and Education Research Network (LERN) Conference on Learning* [en línea], Melbourne: RMIT University, 5-9 July 2000. <<http://ultibase.rmit.edu.au/Articles/nov01/brown1.htm>> [Consulta: 10 mayo 2008]
- CANTÓN MAYO, Isabel, *Intervención organizativa en la Sociedad del Conocimiento*, Granada: Grupo Editorial Universitario, 2004.
- GÓMEZ, Ignacio, «La lectura profesional y la gestión del conocimiento», en José Antonio Millán, coord., *La lectura en España. Informe 2002*, Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 2002, págs. 327-356.
- MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- MARTIN, Henri-Jean, *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón: Ediciones Trea, 1999.
- ROSAS R. y SEBASTIÁN, C., *Piaget, Vigotski y Maturana. Constructivismo a tres voces*, Buenos Aires, Argentina: Aique, 2001.
- SPOOREN, Wilbert; MULDER, Monique y HOEKEN, Hans, «The role of interest and text structure in professional reading», *Journal of Research in Reading*, ISSN 0141-0423, Volume 21, Issue 2 (1998), págs. 109±120.
- TAILLEFER, Gail y PUGH, Tony, «Strategies for professional reading in L1 and L2», *Journal of Research in Reading*, ISSN 0141-0423, Volume 21, Issue 2 (1998), págs. 96±108.
- ULJIN, Jan M. y SALAGER-MEYER, Françoise, «The professional reader and the text: insights from L2 research», *Journal of Research in Reading*, ISSN 0141-0423, Volume 21, Issue 2 (1998), págs. 79±95.